

Mis 30 años de Andar con Jesús

Por Michael Clark

Un verdadero testimonio exalta a Jesús y no a la persona que lo está contando. Recuerdo mis días en el Movimiento de Jesús como un pastor a tiempo completo entre estos niños. Tan a menudo, el 95% de sus testimonios elevaba lo malos pecadores que habían sido y después, en los 5% que sobraban, mencionaban sus encuentros con Jesús. Nosotros los empezamos a llamar entonces "fingidos-testificadores". Ahora que estamos más refinados, contamos nuestro desarrollo religioso y como Dios nos usa a nosotros para hacer su trabajo. Anhele que lo que voy a compartir ahora no sea una de esas historias.

Yo fui lleno con el Espíritu en una reunión de Gente de Jesús en 1970 después de haberme descargado con Dios y de haberle confesado todos mis pecados. Yo había hecho la oración del pecador unos años atrás, pero no tenía poder para salir de la vida Cristiana. Muy pronto me estaba convirtiendo en un hipócrita de la iglesia mientras me modelaba a mí mismo a la imagen de los ancianos en una pequeña iglesia en la cual mi esposa y yo nos congregábamos.

Esta vez no me estaba privando de nada. Esta vez hice una rendición incondicional. Le entregué a Él todo lo que había sido, era, y lo que anhelaba ser, todo lo que tenía, mi familia, y mi vida entera. Yo esperaba perderlo todo. Jesús me dejó conservar a mi esposa e hijos y nuestra casa. Todo lo demás se fue. Tuve a cambio la relación más maravillosa con mi Señor y con otros que también lo amaban. Este fue el comienzo de los dos años más increíbles de mi vida. El único "regalo" que recibí en este tiempo fue hablar en lenguas y un ministerio de ayuda que compartí con gozo como un siervo del Señor.

El ministerio que se formó a partir del derramamiento del Espíritu en 1970 en Spokane, Washington, fue poderoso al comienzo. Solo en el primer año vimos a más de 1.000 personas jóvenes llegar a Cristo en nuestra cafetería de oración, y vimos a muchos más llegar a Él en reuniones que teníamos en otros lugares en los Estados Unidos y Canadá.

Gradualmente, el ministerio fue siendo tomado por la pesada mano de un hermano que conocía muy bien la Biblia y sabía enseñarla. El también sabía como usar el poder de su alma para tomarnos a todos cautivos bajo su control. Mientras más el ascendía, menos del Espíritu Santo veíamos entre nosotros. Para 1976, mi esposa y yo éramos muy desgraciados y finalmente tuvimos la señal del Señor que estuvimos pidiendo. Era tiempo de marcharse.

Nos alejamos para salir del control de ese hombre y nos estuvimos sanando el siguiente año en Bellingham, Washington, el lugar donde mi esposa se crió. Un año después el Señor nos envió de vuelta a Spokane, donde tuve que enfrentar algunos viejos asuntos pecaminosos en mi vida. El quería que yo me fuera al rancho comunal de Gente de Jesús y que me disculpara con el líder por juzgarlo y guardar rencor hacia él en mi corazón. Esto empezó una liberación del Espíritu en mí que me trajo a un contacto con asuntos aun más profundos en mi corazón.

Nos empezamos a congregarnos en una iglesia al norte de Spokane donde el Espíritu era bienvenido. Allí conocí a un hermano llamado John Sanford. John escribió "La Misión de Elías" y muchos otros libros de sanidad interior. A través de consejería con John y su equipo, llegué a un lugar donde pude perdonar a mi padre, y con esto vino una liberación que trajo mi primera profecía. Eran solo tres oraciones en un estudio bíblico semanal que

John estaba dirigiendo. Luego de esto él realmente me bendijo cuando dijo: "Eso vino justo a tiempo".

Aquí es donde mi historia toma un rumbo diferente al de muchos otros que están en el ministerio hoy en día. En 1980, mientras seguíamos congregándonos en la misma iglesia, el Señor empezó a tratar aun más profundamente con mi corazón. Me estaba moviendo en el campo profético y también estaba liderando un grupo casero para esa iglesia. Pensé que estaba camino a convertirme en algo realmente bueno para Dios. Yo sabía en el fondo de mi corazón que mientras más el Señor me usaba en mis dones, más quería ser reconocido por los hombres. Yo sabía que necesitaba un cambio en mi corazón.

Un día yo estaba orando para que el Espíritu me dirigiera en lo que él quería que compartiera en la próxima reunión casera que yo iba a dirigir. Mientras estaba orando, tuve una visión de mi mismo vestido con una túnica blanca y parado en un pedestal de mármol. La gente de mi grupo estaban todos arrodillados alrededor del pedestal, mirando hacia mí. Estaban levantando las manos y alabando a Dios por el ministerio que habían recibido a través mío. Mientras las alabanzas ascendían al Señor, me acercaba y los agarraba de a uno y los colocaba en mi túnica junto a mi corazón. Yo dije, "¡Dios! ¿Es esto lo que te estoy haciendo? ¿Tomando tus alabanzas para mi mismo? Si es así Señor, mata a esta cosa dentro mío que lo hace." El escuchó mi oración.

La semana siguiente yo estaba orando otra vez por el grupo y escuché decir al Padre, "¿Michael, si yo dejo de moverme en tus reuniones con mi Espíritu, vas a tratar de fingir?" Yo dije, "No Señor, Tu lo dejas, yo lo dejo". Creo que lo escuché decir "Ok, solo estaba probando". En los próximos dos días, recibí dos llamadas telefónicas de personas que eran ancianos en el grupo. Los dos me dijeron que el Señor les dijo que dejen de asistir a mis reuniones. Tomé esto como una señal de que Dios estaba cerrando el grupo, les dije lo que el Señor me ha estado diciendo y les di mi bendición. En la siguiente reunión anuncié que esa sería la última y que los que permanecían podían continuar por su propia cuenta.

Durante ese tiempo, la iglesia se dividió en dos y yo estaba tratando de ser una voz de razón entre las dos facciones. Todo lo que logré con eso fue que tiroteasen de ambos lados. Me sentí como cuando mis padres se divorciaron. Estaba harto de que la gente que amaba se atacaran unos a otros y se fueran por caminos diferentes. Tuve una última reunión con los líderes del nuevo grupo que estaban tratando de que nos uniéramos a ellos. Dejaron bien en claro que mi esposa y yo teníamos que someternos bajo la dura mano de su control. Esto era como empezar de nuevo para nosotros. Habíamos visto este mismo espíritu en el líder anterior de nuestro ministerio en Gente de Jesús a principios de los 70. Le dije al líder de este nuevo grupo "¡Yo ya he visto esto antes! No voy a estar bajo tu control. Ya tuve suficiente 'diversión' con ustedes los cristianos y ya no lo puedo aguantar. Así que voy a tomar un pequeño viaje atrás de Madián y te veré en 40 años!". Con eso vendimos nuestra casa en Spokane y nos mudamos a un pedazo de tierra rural al Oeste de Washington. En los próximos años tuvimos poco que ver con la religión organizada.

Para 1982 estábamos a punto de irnos a la bancarrota y perderlo todo. Había estado desempleado por casi 6 meses y no podía encontrar trabajo. Este era un momento para humillarse ante el Señor. Algunos lo llaman el bautismo del fuego. Después de dejar Spokane, los dones dejaron de funcionar en mí. Mis oraciones se estaban cayendo de mis labios y chocando en el piso. La Biblia dejó de ser para mi corazón esa palabra íntima que era antes. Sentí como si estuviera en una tumba de bronce sólido. Finalmente, recibí un llamado de un tío Mormón, contándome sobre una oportunidad de trabajo en las Islas

Aleutianas de Alaska. El único problema era que iba a tener que ir solo, dejando a mi esposa y a mi familia atrás. Agarré el trabajo y se volvió el fondo del abismo, completo con lodo y barro. Dios me dio los deseos de mi corazón, pero envió pobreza a mi alma. Trabajé ahí por seis meses, rodeado de alcohólicos y drogadictos. Me sentía solo sin mi esposa y mi hogar, pero por sobre todo, sin mi Señor. No podía lograr que me respondiera. ¡No solo estaba en un desierto espiritual, sino en uno literal!

En un punto dado, inclusive no pude disfrutar del trabajo de mis propias manos debido a una disputa del sindicato. Me sentí rechazado por todos. Llamé a mi esposa para decirle que quería renunciar y volver a casa y ella me dijo que me quedara ahí, que no había nada de trabajo en esa área. Así que una tarde de gran depresión para mí, caminé de vuelta hacia mi litera, me senté en mi cama, ¡y vi a mi conciencia salir de mi cuerpo y dirigirse hacia la puerta! Ahí supe que estaba a punto de volverme loco. Lo había visto antes. Lloré a Jesús y le pedí que por favor me mantuviera estable por lo menos hasta volver con mi familia de nuevo. El escuchó mi llanto.

Ese fue el fondo de mi abismo. A partir de ese momento, salir de ese abismo era como caminar sobre una larga y lenta rampa. La subida era poco perceptible, pero las cosas empezaron a mejorar. Encontré un trabajo cerca de casa en el Oeste de Washington y todo empezó a mejorar. Mi "noche oscura del alma" continuó por el resto de los 80.

En 1989 nos mudamos al norte de Idaho y empezamos a congregarnos en una Iglesia de Vineyard que era pastorada por el hijo de un amigo nuestro. Me invitó a un retiro de hombres, y la primera noche nos tuvo a un hermano y a mí de pie. El le pidió a los otros hombres que vinieran y oraran por nosotros. Les dijo que nosotros habíamos sido llamados para lo profético y que estábamos atravesando por un tiempo de desierto en nuestras vidas. Me sentí conmovido por su compasión hacia nosotros.

Esa noche me arrodillé y le pedí a Dios que me perdonara por juzgarlo a Él por dejar que esos Cristianos me hicieran todo lo que me hicieron. La siguiente mañana cuando la reunión estaba por empezar, le pregunté al pastor si podía compartir algo. Me dijo que no había problema y dije: "No pretendo que ninguno de ustedes entienda lo que tengo que decir, pero quiero decirles que Dios es bueno y que todos sus caminos son perfectos y que acepto todo lo que Él ha hecho en mi vida". Ese fue el momento en que empecé a salir del desierto. ¡Me tomó once años llegar al punto de poder reconocer de que Dios es Dios y no yo! Puedo ver ahora que de eso se trataba todo el libro de Job. Dios estaba diciendo, "¡Job, Yo Jefe, tu no!"

Así que, ¿donde estoy ahora, veinte años desde que empezó mi viaje por el desierto? En los últimos seis años el Señor me ha dado el don de escribir. Intercambio cartas con varios santos y escribo enseñanzas proféticas. Tuve la oportunidad de ver a personas curarse de cáncer mientras orábamos, creyendo. Todavía no me veo siendo parte de una cristiandad institucional, pero me encanta encontrarme con los santos en la simplicidad de pequeñas reuniones donde el Espíritu Santo es bienvenido.

También siento que toda la Iglesia está a punto de renacer en un paradigma totalmente diferente. Por los últimos 2000 años hemos estado en la era de la Iglesia. Estamos por dejar eso atrás, y entrar en lo que yo llamo "La era de la Novia". Creo que esta purgación por la que hemos estado atravesando la mayoría está destinada a hacernos verdaderos "amigos del Novio". Estamos siendo preparados para traer a la novia de sus cámaras y presentarla a Jesús, hermosa y pura. Para que operemos en este ministerio, debemos ser verdaderos eunucos para Jesús. Como el fiel sirviente de Abraham, todo nuestro deseo debe ser ver la alegría del Novio completa mientras él está con Su novia. (Ver Génesis

24). Para que esto ocurra la iglesia no debe estar establecida en sus viejos sedimentos como Moab lo estaba. Debemos ser derramados dentro de Su nueva vasija (Ver Jer. 48:11-12). Yo creo que al ser derramados, la novia va a estar preparada para la venida del Señor.

Estamos en el umbral del tiempo entre el segundo y el tercer día mencionado en Oseas capítulo seis (un día siendo como mil años). Creo que estamos a punto de ser levantados para morar en Su presencia, pero solo DESPUÉS de esto. Después de que él nos haya desgarrado y luego sanado (Ver también Joel 2).

1 Venid y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará.

2 Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él.

3 Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra. (Oseas 6:1-3)

(Nota el tiempo; DESPUÉS de dos días y EN el tercer día)

Así que aquí es donde estoy. Vacío y esperando a que ÉL me levante a un entendimiento y una relación más pura con ÉL que mi mente no pueda empezar a comprender, y estoy dispuesto a pagar cualquier precio para llegar ahí. ¡No soy nada! ¡Él lo es todo! ¡Que así sea, Señor! Amen.

* * * * *